

La celebración de los libros

ANÁLISIS
JOSÉ LUIS
MARTÍNEZ-DUEÑAS

Presidente de la Academia de
Buenas Letras de Granada

Tras dos años de pandemia, de cambios significativos en los hábitos y costumbres en nuestra sociedad, con una profunda crisis que no es sólo económica y bajo la amenaza presente de una cruel y despiadada guerra en Europa, quizás se antoje superficial o innecesario hablar del Día de Libro. Al fin y al cabo, la efeméride puede pasar desapercibida para muchos y tan sólo obtiene unos segundos de los espacios informativos. Sin embargo, alcanza una significación especial por ser la conmemoración de las fechas en las que entraron en el Parnaso los dos escritores más representativos de la mayor audacia literaria en la Europa Moderna, y por ende en Occidente: Miguel de Cervantes y William Shakespeare. No obstante, en este preciso año se añade una celebración mayor y

más concreta pues el 2 de febrero pasado se cumplió un siglo de la publicación de la obra de James Joyce 'Ulysses' y en octubre se cumplirá igualmente otro siglo de la publicación del poema de T. S. Eliot 'The Waste Land'. Si a esto añadimos que el próximo mes de mayo tendremos en nuestra ciudad la celebración de la Feria del libro 'en tiempo y forma', el panorama lector se amplía y resulta, cuando menos, prometedor.

La lectura continúa siendo una constante en nuestras vidas y el libro se sigue comportando como nuestro mejor amigo, en la soledad, en la tristeza, en la desolación, en la espera o en el ocio estival. Los anaqueles de las librerías, los fondos de las bibliotecas, o nuestra mesilla de noche albergan en unas páginas encuadradas esa generosa fuente de ingenio o de conocimiento, de recuerdo o de representación de una realidad pasada, o de una visión alternativa de la realidad en la ficción o una profunda introspección en nuestra existencia que nos acompañará unas horas y que llegará a

formar parte de nuestro ser, de nuestro tiempo. Por eso, la quema de libros es un genocidio vicario, una sevicia contra el intelecto practicada en diversas épocas y por regímenes totalitarios en la reciente historia; e igualmente, el recuerdo de 'Don Quijote de la Mancha' y la salvación de 'Tirant lo Blanc' de la pira es un fuerte símbolo de la permanencia y trascendencia del libro. La protección, restauración y conservación de libros es una de las tareas más apremiantes que se hacen y que resultan necesarias al conservar ese patrimonio impreso. Hoy celebramos todo eso, la posibilidad de leer y la maravillosa existencia de la creatividad de la escritura materializada en ese conjunto de hojas encuadradas que forman un volumen.

Roberto Manguel recordaba en su 'Historia de la lectura' (1996) que Fray Luis de Granada, nuestro paisano y vecino en el siglo XVI, escribió en su 'Introducción al símbolo de la fe' que si el mundo es un libro, entonces las cosas de este mundo son las letras del alfabeto en el que el libro está escrito, y que estamos ante el libro del universo por medio de letras vivientes, para leer las excelencias del Creador. Nos desenvolvemos, pues, entre letras y somos parte de esa lectura que es la vida, el tiempo. La imagen resulta

acertada y nos ayuda a comprender por qué celebramos este Día del Libro. La lectura del libro no es sólo un acto de soledad deseada, sino que llega a alcanzar una dimensión comunitaria al comunicar a los demás unos contenidos y unos intereses. Liev Tolstói en 'Guerra y paz' (1865) nos ofrece una clara ilustración en el libro primero, primera parte, capítulo XIII cuando Pierre, de vuelta en Moscú, está en casa de su padre: «Al entrar en la sala donde habitualmente se reunían las princesas, saludó a las jóvenes, sentadas con sus labores, mientras una de ellas leía un libro en voz alta». Lejos estaban estas jóvenes de sospechar que tan tranquila actividad se vería perturbada tiempo después por la llegada de Napoleón y las tropas imperiales. La estampa doméstica representa la placidez de la lectura, parte de un estilo de vida, lo que será muy difícil de encontrar en las páginas que siguen a lo largo de toda la novela. Se me ocurre como digresión hipotética, que esta obra de Tolstói bien la podría haber utilizado el prusiano Karl Von Clausewitz, quien sirvió de 1812 a 1814 en el ejército del zar Alejandro I, para ilustrar su monumental obra 'De la guerra' si hubiera vivido más años, pues murió en 1831. Con esto, tan sólo pretendo indicar la importancia del libro, independientemente de

su adscripción a un género literario determinado: sea la narrativa de ficción, la historia, el ensayo filosófico, la poesía lírica o un tratado técnico, por decir algunos ejemplos. Las distintas maneras en que la lectura nos va transmitiendo sus contenidos, sus significados y sus referencias van creando un sentido temporal y vital en nosotros, y que cada cual será responsable de administrar como 'capital cultural', de incorporar a su vida en la forma más conveniente que podrá fluctuar desde lo meramente estético a lo más profundamente ético.

Como conclusión general, quiero resaltar que lo importante verdaderamente, y lo que me mueve a escribir estas líneas, no es los libros que leemos, los que hemos leído y los que nos quedan por leer, sino la transmisión de esta actitud a generaciones posteriores, a la juventud en ciernes, a ese sector de la población en edad escolar que dentro de unos años ocuparán diversos papeles sociales y profesionales y que, ¡ojalá!, celebren el Día del Libro muchos, muchos años. Así, podremos exclamar igual que el rey Enrique V arengaba a sus tropas antes de la batalla de Agincourt el día de San Crispín, el 25 de octubre de 1415: «Nosotros pocos, los dichosos pocos, banda de hermanos». (Shakespeare 'Henry V', acto iv escena iii).